

Contestación por el Académico Numerario D. ANTONIO  
ALAMO SALAZAR, al discurso del Académico electo  
Dr. D. CESAR FERNANDEZ-RUIZ

---

Excmos. Sres.  
Ilmos. Sres.  
Sres. Académicos.  
Señoras, Señores:

Con gran satisfacción y orgullo académicos, recibimos hoy en la Institución "Tello Téllez de Meneses", al doctor César Fernández Ruiz, hombre de brillante y sólido prestigio, no sólo en el capítulo profesional de su especialidad médica de Ginecología y Obstetricia, sino también en el arduo campo de la investigación histórica y artística, y en las luminosas heredades de la expresión literaria.

Es satisfacción y orgullo para los académicos de la Institución, porque en la persona del recipiendario, Dr. Fernández-Ruiz, ya se halla dignamente representada en nuestro Centro de Estudios palentinos la clase médica actual de la capital y provincia. Y es que valía la pena, y era de justicia, que la representación médica palentina tuviera su indiscutible escaño en la Institución.

Desde el doctor Juan Valverde (celosamente estudiado por Fernández-Ruiz), hasta Simón Nieto (que en su día se viera también apasionado por tema parecido al que hoy nos ha traído magistral y exhaustivamente el nuevo académico, en su documentado discurso de ingreso), pasando por docto-

res como Barba, Ulloa, Plaza Nova, San Millán, Muñoz, Romero, etc., Palencia ha tenido siempre en sus Médicos un incuestionable timbre de gloria, no sólo por los capítulos cotidianos de su quehacer profesional sanitario, sino también en el amplio campo de las Letras y las Artes.

Palencia hoy cuenta con un plantel médico de gran prestigio, lo cual constituye para los palentinos una serena convicción de seguridad y de confianza. Pero nosotros sabemos que junto a esa competencia y predicamento profesionales, hay en los Médicos palentinos de hoy (como una segunda vocación, que es en determinados casos algo más que un simple "violín de Ingres"), una aptitud, o una inquietud, o —al menos— una exquisita sensibilidad, literaria o artística.

Y es precisamente hoy cuando, de una manera oficial y solemne, la Medicina se ve representada en el Centro de Estudios Palentinos; no es de extrañar que la Institución "Tello Téllez de Meneses", exprese ahora su satisfacción y su orgullo académicos, al recibir en su seno a un Médico: el doctor César Fernández-Ruiz.

Dios ha querido que nuestro recipiendario proceda de una clase profesional palentina que se envuelve en prestigiosa consideración. Doble motivo para satisfacción y orgullo, porque se registra la feliz circunstancia de que si consideramos a Fernández-Ruiz de una manera aislada, prescindiendo del campo profesional a que pertenece, encontramos en el nuevo académico toda una serie, todo un auténtico cúmulo, de méritos, que es obvio enumerar ahora, porque se haría tal vez demasiado prolongado el acto con un relato de circunstancias brillantes y triunfales, que si no en el detalle, sí en la consistencia de su contenido, son públicamente conocidas en Palencia y fuera de Palencia. Circunstancias que, en su día, hicieron que la Institución "Tello Téllez de Meneses", admitiese al Dr. Fernández-Ruiz como académico, por absoluta unanimidad.

Sin embargo, el hecho de que el nuevo miembro numerario del Centro de Estudios Palentinos tenga una personalidad destacada, y —por razón de su actividad profesional y cultural— sea sobrada y respetablemente conocido, no puede relevar a esta breve y reglamentaria contestación, de hacer alusión a las fundamentales razones que —barajándose en el Dr. Fernández-Ruiz— le han abierto con dignidad y general complacencia las puertas de la Institución.

Importa, sí, conocer en el nuevo académico la faceta profesional, como ginecólogo y obstetra, e importa saber que desde sus estudios en Santiago y Madrid, desde su licenciatura y su doctorado, hasta nuestros días, pasando por la actividad docente universitaria, se ha entregado de lleno a su quehacer médico, logrando superarse día tras día, con el estudio, el trabajo y la ex-

perencia; no es ahora el momento de hacer un balance estadístico clínico y operatorio del doctor Fernández-Ruiz, ni oportunidad para el recuento numérico de las veinticinco mil enfermas que han sido tratadas por este ilustre Médico. Pero sí que es cierto que no podemos dejar ahora inédito el hecho de la personalidad investigadora y literaria del nuevo académico; personalidad que no anda difuminada en apreciaciones más o menos vagas, sino que está respaldada por la tangibilidad oficial de unos títulos y diplomas de brillante garantía, y por la presencia de sus propios escritos; académico de la de Bellas Artes de Valladolid, y de las de Medicina de Valladolid, Zaragoza, Sevilla, Barcelona, etc., lo es también de las de Ginecología de diversas ciudades de Portugal, Brasil, Argentina, Uruguay, Italia, Francia, así como de la Federación Internacional de esta su especialidad médica; miembro de la Sociedad de Escritores Médicos, ha sido Vice-Presidente de la Academia Deontológica de Madrid, y es fundador Presidente de Honor de la Sociedad de Ginecología y Obstetricia de Castilla; se halla en posesión de una veintena de premios y galardones científico-literarios, todos ellos de carácter nacional, y cuenta con diversas condecoraciones, entre las que figura la Encomienda con Placa de la Orden civil de Sanidad y Placa de la Cruz Roja Española, etc. Ex-profesor de Ginecología de la Universidad de Valladolid, preside actualmente la Asamblea provincial de la Cruz Roja, de Palencia.

Pero, ¿para qué seguir?; donde indudablemente la actividad del Dr. Fernández-Ruiz adquiere caracteres de extraordinaria es en el capítulo de las conferencias (que pasan del centenar entre conferencias, ponencias oficiales y comunicaciones), y, sobre todo, en el de las publicaciones, tanto de libros como de artículos en revistas y Prensa, rebasando los trescientos.

Pudiera parecer que esta proliferación literaria fuera en detrimento de la consistencia y hondura del contenido de su obra. No es así. Estudioso empedernido; investigador infatigable, minucioso y exigente, como hemos podido comprobar personalmente en ocasiones, especialmente en sus recientes trabajos sobre Santa Teresa de Jesús; trabajador sin tregua, Fernández-Ruiz no se perdonaría nunca el escatimar el dato que ilustre sus apreciaciones o la cita que rubrique sus aseveraciones.

La prueba la acabamos de tener en ese magnífico trabajo que nos ha ofrecido en su discurso de ingreso. Este trabajo no es excepcional en Fernández-Ruiz; es un trabajo como cualquiera de los suyos; en él no se ha esmerado más que en los demás, por la sencilla razón de que se esmera al máximo en todos. Lector de la obra de Fernández-Ruiz —quizá uno de los más asiduos entre los profanos en Medicina—, puedo afirmar a Vds. que asombra su precisión y la minuciosidad con que trata sus temas.

Por razón de su especialidad médica ha cuidado sobre todo los estudios acerca de ilustres personajes femeninos. Urgando en la Historia de Palencia —tierra de mujeres hermosas, nobles, dignas y valerosas— encontró una figura verdaderamente interesante, atrayente, cautivadora: María de Padilla, la “dueña chiquita y bonita” del solar de Astudillo, el claro girón de luciente sol en el eterno véspero que fue la vida de Pedro I de Castilla, a quien algunos tachan de Cruel, y a quien no sólo los poetas, sino también los Médicos (como hemos comprobado esta noche) llaman el Justiciero. Topó Fernández-Ruiz con la figura de María de Padilla, y ahí tienen ustedes, con cuatro pinceladas vigorosas y estilizadas a la vez, en una escalofriante y magistral disección literaria, con un análisis certero y eficaz, nos ha servido en bandeja la verdad de esa ilusionada y doble realidad histórica, que tuvo solar y paz y amor entre los muros de un palacio astudillense: María de Padilla y Pedro I de Castilla.

Hace año y medio, la curiosidad periodística me llevó hasta la clausura del monasterio de Clarisas, en Astudillo; vi celdas y locutorios, coros y claustros, celdas y corredores; conocí todos los rincones del monasterio, y pasé al palacio antañón, en el que —en otro tiempo— don Pedro y doña María habían buscado la gracia de la serenidad y del silencio para sus corazones; al respirar no se qué ambiente —viejo, misterioso, todavía candente— arracimado por las renegridas y carcomidas balaustradas, y retrepándose por los entonces aburridos salones, fue naciendo en mí la convicción de que el rey don Pedro fue un monarca más justiciero que cruel, más enamorado que dichoso, digno de tenerle lástima y digno de tenerle envidia; y adiviné que doña María, la “dueña chiquita y bonita”, reina y señora de aquel curro palacio, y del corazón de un soberano, fue una mujer graciosa y hermosa, nacida para amar y para rezar, que teniendo muchos caminos para encontrar la terrena felicidad, se consideró venturosa con el recuerdo, y a veces con la presencia de don Pedro, en aquel retazo astudillense, que era como una flor y como un suspiro en la impresionante y estremecedora llanada de Castilla.

Escribí, recuerdo, cuatro o cinco reportajes, con el triple deseo de plasmar periodísticamente mis gratas vivencias y mis hondas sensaciones en aquella visita; divulgar la belleza, el arte y el fervor escondido entre las calladas piedras del monasterio de Santa Clara, y tratar de interesar a los que de alguna manera pudieran llevar alguna ayuda material para sus monjitas que conjugaban el rezo y el trabajo, el rosario y el ladrillo, la estameña y la argamasa, la Misa y el cemento, levantando con su propio esfuerzo los derruidos muros conventuales. Pero mis reportajes no eran sino la expresión de un periodista, ofreciendo el recuerdo de doña María de Padilla de

una manera difuminada, fantasmal, misteriosa, a través del ilusionado cristal con que los poetas suelen mirar estas cosas.

Hacia falta una visión más certera, más definida, más concreta, de la figura de doña María, y para ello no bastaba con el periodista y poeta; hacía falta el investigador, y el médico. Y es lo que la historia de Palencia y España deben ya al doctor Fernández-Ruiz, con este trabajo, no sólo en torno a la más conocida figura de don Pedro I de Castilla, sino especialmente sobre la personalidad —más misteriosa, por menos prodigada en escritos— de doña María de Padilla, la bella y graciosa castellana que en vida reinó en el corazón de su monarca, y al morir, su monarca quiso que reinase (un raro reino del recuerdo) en la propia luz de Castilla.

Y nada más; el Dr. Fernández-Ruiz, investigador y médico, ha logrado ese estudio, esa disección, ese análisis que doña María y don Pedro (especialmente la primera) necesitaban; una estupenda aportación inicial del nuevo académico a la Institución "Tello Téllez de Meneses". No esperábamos menos del Dr. Fernández-Ruiz, este ilustre y prestigioso asturiano, enraizado en Palencia, orgulloso —nos consta— de sentir en Palentino, que constituye para él otro timbre más en su brillante aportación de razones y méritos indiscutibles para el ingreso —que acaba de consumarse— en el Centro de estudios Palentinos, Institución "Tello Téllez de Meneses".